

Madrid Comico

Director: SINESIO DELGADO

MANUEL S. PICHARDO



Sube *El Figaro* de Cuba
en crédito y en valor.....
Pero ¿qué extraño es que suba
si es Pichardo el director?

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—¡También resultó falsa!, por Eduardo Bustillo.—Al señor ministro, por Juan Pérez Zúñiga.—Paliqne, por *Clarín*.—La costumbre, por Sinesio Delgado.—Coplas, por Gonzalo Cantó.—A *Fray Candil*, por Salvador Rueda.—Querer es poder, por Ricardo J. Catarineu.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Manuel S. Pichardo.—De veraneo.—La afición, por Cilla.



No sólo de pan vive el hombre, porque á más de pan necesita recreos y expansiones del alma.

Cuando no distrae la imaginación ni deja vagar al espíritu, se pone gordo, pero no es feliz.

Hay que satisfacer las necesidades del estómago y las del corazón. Se debe comer lo que uno tenga ganas y marcharse después á contemplar la naturaleza ó á ver una zarzuelita ó á hacer el amor á las aguadoras del Prado.

Por eso yo dejo la vida prosaica de las redacciones para ir á respirar el aire embalsamado de Vigo la bella.

Cuando este número llegue á manos de mis lectores, habré traspuesto el caudaloso Manzanares con dirección á Vigo, la perla del Atlántico, que dice un poeta de allí, algo cojo, pero hombre de mucha imaginación.

Vigo en esta época del año es el punto de cita de la buena sociedad madrileña. Allí acuden un marqués de la calle del Triunfo que vive del sable y unas cuantas familias que tienen recursos propios; la de Vázquez, reputado droguero; la de Martínez, conocidísimo afinador de pianos; la de López, distinguido almacenista de frutos coloniales, y otras muchas.

Todos buscan el recreo del espíritu en aquel delicioso punto, donde hay brisas marítimas, perfumes de rosas, murmullos de la selva y "música de aficionados," que toca habaneras cadenciosas, originales de un procurador de la localidad que ha sido corista de zarzuela en Buenos Aires.

El viaje es largo y suele hacerse mal por la afluencia de viajeros y por las pésimas condiciones de los carruajes; pero llega uno á Vigo y ¡oh placer!

Allí hay magníficas fondas y buenas casas de huéspedes. Hay también casas particulares donde se reciben bañistas á precios módicos.

Llega uno y dice:

—Yo quisiera vivir en familia.

—Pues mire usted—contesta cualquier mozo de la estación,—podemos ir á casa de D. Honorato.

—¿Y quién es D. Honorato?

—Un señor que ha sido secretario del Ayuntamiento y estaba muy bien, pero se quedó ronco de un susto que le dió una vaca, y tuvo que poner casa de huéspedes.

—Andando.

El buen señor nos recibe con estas dulces palabras:

—Á mí me gusta que los huéspedes sean cariñosos. Si no es usted cariñoso, se puede usted retirar.

—Hombre, pondré los medios.

Arregladas las condiciones del pupilaje, se tiende usted sobre la cama para dormir.

—¿Se puede?—pregunta D. Honorato desde afuera.

—Adelante.

—¿Quiere usted tomar una tacita de caldo?

—No, señor.

—¿Quiere usted un poquito de cocimiento de zaragatona, que lo tengo hecho?

—Tampoco.

—¿Le ato á usted un pañolito en la cabeza para promover la transpiración?

—No me hace falta.

—Bueno, ya sabe usted; si necesita algo, no tiene más que llamarme.

D. Honorato es un alma de Dios, un verdadero ángel, que vela por el bienestar de sus huéspedes y cifra toda su dicha en verles comer mucho y en darles remedios cuando tienen algún dolor.

El año pasado, quieras que no, le puso una cataplasma á un huésped de Madrid que se quejaba de un punto en el costado derecho, y por poco se lían los dos á cachetes, porque el huésped rechazaba la cataplasma y el otro quería ponérsela á toda costa, hasta que sucumbió el madrileño, y entonces decía D. Honorato orgullosamente:

—¡Mira que desairarme á mí! ¡Mira que no dejar ponerse la cataplasma! Antes me hacen pedazos.

Como cariñoso lo es en extremo.

Cuando ve que un huésped no come ó se sirve poca comida, coge él la cuchara y le llena el plato diciéndole:

—¿Qué es eso? ¿Va usted á desairar á ese pollo con tomate? Ea, adentro con ese muslo.

—Pero....

—Ó lo come usted, ó perdemos las amistades.

—Si no tengo ganas....

—Á comer, ¿cómo se entiende?

Así es que D. Honorato tiene siempre la casa llena y sus pupilos concluyen por adorarle.

Quizás no haya en el mundo dos casas de huéspedes como la suya. Una vez cayó allí con el sarampión un comisionista catalán, y el médico le dijo que sudase.

—Arrópanse usted—le decía D. Honorato.

—Yo no sudo nunca—contestaba el comisionista.

—¿No?—repuso aquél.—Pues yo le haré á usted sudar.

Y se metió en la cama con el comisionista, y allí se estuvo semana y media contándole cuentos para distraerle. De vez en cuando se sentaba, pedía una pandereta y se ponía á tocar, con objeto de que el comisionista no pensara en la muerte, y de este modo consiguió curarle.

Otra vez dió á luz una señora en casa de D. Honorato, y él estuvo ayudándola en todo; después fajó á la criatura, arropó á la madre, compró un biberón y se pasaba las horas muertas sentado en el suelo con el chico entre las piernas y el biberón en la mano.

El chico llegó á quererle de tal modo que en cuanto le cogía D. Honorato empezaba á chuparse las manitas y á mover las piernas, y se le agarraba á la nariz como un desesperado.

—Espérate, monín, que voy á darte lo que deseas—decía don Honorato.

Pero el chico no tenía paciencia y le chupaba los botones del gabán y las solapas del chaleco y todo lo que veía.

Puede decirse que D. Honorato es el segundo padre de todos sus huéspedes, y yo aconsejo á mis lectores que si van á Vigo pregunten por él y se queden á vivir en aquella casa.

Conque, anímense ustedes.

Y dicho esto me voy al tren.

Hasta Vigo.

LUIS TABOADA

TAMBIÉN RESULTÓ FALSA

Á SINESIO DELGADO

Leí, Sinesio, tu historia de la bendita peseta, que por buena corrió mucho y al fin paró en no ser buena.

Yo la historia he de contarte de una linda malagueña, en que se ve que hay mujeres con algo de tu moneda; de buen pasar á su tiempo, muy corrientes cuando nuevas, que hablan al principio *en plata* y á falsas al cabo suenan.

Llegó á Madrid Mari-Lola inocente y pura y fresca, como la parió su madre según las piadosas lenguas.

No sé si por su frescura, por inocente ó por bella, dió en manos de un estudiante cuando se dió á chalequera.

Amor pobre y alegría, un jornal de dos cincuenta, un galán de veinte abriles y un pillo de siete suelas.

Cansóse el mal estudiante
de libros y costurera,
y Lola quedó llorando
por lo viuda lo exdoncella.
Amor premió su constancia
y antes de semana y media
el rey puesto era un bolsista
de los que ganan si juegan.
El tal, en prenda de amores,
la libró de coser prendas,
y fué ya casa cerrada
la que antes fué casa abierta.
Amante fiel Mari-Lola,
vivió tres años contenta;
mas como él jugaba á plazo,
cumplió, liquidó y..... etcétera.
Premiando el amor seguía
la fina constancia de ella,

y la hizo pasar por manos
de hombres de muy buenas rentas.
Mari-Lola se gastaba
de tanto correr en feria,
cuando la adquirió un marchante
por delante de la Iglesia.
Fué esposa. ¿Fiel y sumisa?
Habrá quien lo piense al verla
dejada de tantas manos
que ya en las de Dios la dejan.
Mas Dios dejó de la suya
plata que dió tales vueltas,
y falsa fué como esposa
si de ley como manceba.
Pasó bien en el arroyo,
entre gitanos y en venta;
un santo en su altar la puso
y ya no quiso ser buena.

EDUARDO BUSTILLO.

AL SEÑOR MINISTRO

«Señor mío: Soy Inés,
la prima de aquel Gaspar
que el año setenta y tres
saludó á usted al pasar
por Getafe en el expéss.

Autorizada me creo,
por tanto, para pedirle
que acceda usted á mi deseo.
(Ya ve usted que al escribirle
ni siquiera le tuteo.)

Se trata de un ser querido,
de un indígna de Almagro
que estudia para marido
y hasta la fecha ha vivido
de su empleo y de milagro.

Hoy tiene mesa y sillón
y el sueldo de mil pesetas
con descuento y retención,
y teme cobrar por dietas
si usted le quita el turrón.

Tan mal le paga el Estado,
que ayuna días enteros,
y ya no le han enterrado
gracias á algún esponjado
que le sirven los porteros.

Que el chico es listo está visto,
aunque tiene poca cosa.
Mire usted si será listo
que quiere hacerme su esposa
por cima de Jesucristo.

Esto prueba que es decente;
mas también es escribiente
de quincuagésima clase,
y si cesa de repente
luego no hay Dios que le case.

Me tiene el chico afición;
mas si le despide usted
rompiendo la tradición,
al hablar de nuestra unión
me dirá que no hay de qué.

Ya ve usted, si nos casamos,
la paga necesitamos.
Y aunque siempre estemos buenos,
¿va usted á evitar que tengamos
cinco ó seis hijos lo menos?

Los que viven de la usura
por el eje nos dividen.
No hay en nada baratura.

¿Si viera usted lo que piden
por una triste asadura!

Antes que á mi novio tache,
mire usted sus requisitos.
No hay nada que él no despache.
Y escribe Ultramar con hache,
cosa que hacen muy poquitos.

Esto aparte de que vela
por su suerte tornadiza
uno de la parentela
del primo de la nodriza
de un sobrino de Silvela.

Y por si esta condición
no le abonara en su intento,
conste que gasta el carbón
del mismo establecimiento
que lo gasta Cos-Gayón.

Conque he dicho lo bastante.
No le deje usted cesante.....
hasta después de la boda,
y usted disponga de toda
su atenta

Inés Bustamante.»

«Respetable señor mío:
Déme usted la cesantía,
porque estoy dentro de un lío,
y antes quiero el cese impío
que la odiosa Vicaría.

¿Hay quien lo contrario intenta?
Pues mándeme usted á la Habana,
á ver si allí mi parienta
aparece una mañana
con la fiebre amarillenta.

¿Que acaso yo no sirviese?
No es verdad. ¿Así pudiese
desempeñar otras cosas
como el cargo que obtuviese!
Suyo atento

Pablo Rosas.»

Y aquí tiene usted, lector,
al ministro, sin saber
qué es lo que será mejor,
si hacer al hombre el favor,
ó hacérselo á la mujer.

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA.

PALIQUE

Decíamos ayer (cuando todavía no habían entrado los conservadores) que la última novela de D.^a Emilia Pardo Bazán valía más, por ahora, que las dos anteriores, á saber, *Insolación* y *Morriña*.

Todo se puede echar á perder todavía, pues, en rigor, apenas conocemos más que la exposición y un poco de lo que llaman el nudo los gacetilleros aristotélicos. También *Morriña* empieza bien y acaba como Dios quiere. Pero como el buen tiempo hay que meterlo en casa, aprovecho la publicación de la primera parte de *Una cristiana* para decir que, en general, me gusta, y me gustaría más..... si no empezara por el principio. Un principio que lo mismo podía estar en el nudo, ó en ninguna parte, que sería lo mejor.

Después de las nimiedades sosas y soporíferas de *Insolación* y de *Morriña*, la lectura de los primeros capítulos de *Una cristiana* desanima al más valiente. Por fortuna, más adelante se anima algo aquello y hasta llega á interesar de veras, porque la narra-

ción corre natural y sencilla, sin incidentes de pseudorealismo ñoños y del todo superfluos.

Comienza la autobiografía del estudiante de Caminos, Puentes y Canales con unas descripciones *naturalistas* de chinchas y ropa sucia que dan muchísimo asco. Habla D.^a Emilia de un género de porquerías á que jamás Zola aludió siquiera, porque el género *Jesucristo* se puede calificar de *noble*, comparado con las repugnancias que provoca el demonio del estudiante de Caminos. ¿A qué vienen todos aquellos capítulos resobados, pedestres, insulsos, de la vida de las casas de huéspedes baratas? Para lo único que podían servir era para hacernos ver, por una dolorosa experiencia, que el joven Salustio era uno de esos muchachos que se han metido á novelistas de costumbres, que es una costumbre digna de los castigos de la Pentápolis. Las casas de huéspedes no se han de tocar sino hay algo nuevo y bueno que decir; si la propia observación no nos ha hecho ver algún aspecto cómico—ó trágico—de interés, de mucho color, etc., etc. Casas de huéspedes hay en las novelas de Galdós, y en el *Pedro Sánchez*, de Pereda; pero hay allí gracia, vida, verdad, fuerza..... D.^a Emilia nunca ha vivido con estudiantes, habla de oídas..... y cuenta esas cosas en estilo de narradorroso y desgarrado. No crea la Sra. Pardo que si Dios le ha negado el don de lo cómico lo va á compensar ella con acumular atrevimientos de un género que jamás podrá ser literario. Es una falta de gusto, de delicadeza artística, el pintar y contar lo que pinta y cuenta esta señora de las citadas chinchas y ropas sucias y otras cosas peores todavía! En fin, yo en este punto no admito bromas, ¡puaf! porque no quiero perder el estómago. Por supuesto que todas estas suciedades é *insulseces* están absolutamente de sobra; todo lo del cambio de posadas es por completo ajeno á la narración principal, nada dice del carácter del protagonista. En fin, olvidémoslo. Sólo indicaré que cualquiera diría que al empezar á escribir esta novela D.^a Emilia no tenía idea del asunto y dejaba correr la pluma, que después encontró el verdadero filón..... y ya no quiso borrar lo escrito, que nada tenía que ver con su materia. Allá ella; pero la composición de un libro no es cosa baladí, y estos caprichos le sientan muy mal.

Por lo común, este libro está escrito sin pretensiones de aturdir al lector con primores de estilo y riqueza de *diccionario*, pero sucede, como otras veces, que los pocos *cultilatiniparlavismos*, de que prescinde con dificultad una mujer que sabe algo de griego, contrastan con los desaliños y frases bajas que afean algunos pasajes.

Bueno es escribir en estilo familiar y sin abusar de los esdrújulos, pero no hay que descender á *la lata* y otras palabras viles y necias, ni mucho menos hay para qué construir viciosamente, á sabiendas, las cláusulas.

Dice D.^a Emilia, v. gr.: «.....para lo cual necesito referir varios antecedentes, que algunos tienen sus visos de secreto de familia.» ¿Le parece correcto ese *que algunos*, ahí, de esa manera? En la página 48 dice Salustio á su tío: «El dinero que en mi carrera está usted gastando, lo reembolsaré, ó poco he de vivir.» El verbo reembolsar no creo que pueda usarse en tal acepción. Cuando uno debe algo á otro y se lo paga, el que reembolsa es el acreedor, no el deudor.

D.^a Emilia no sabe, ó ha olvidado, lo que significa á *beneficio de inventario*. Dos ó tres veces usa la frase en un sentido que resulta absurdo. Tómese el trabajo de repasar su novela y se convencerá. El *beneficio de inventario* es, como sabe cualquiera, un verdadero *beneficio*, es decir, una clase de derecho privilegiado, pero no privilegio en el sentido estricto, que es otra clase, sino como lo es la restitución *in integrum*, es el beneficio de no aceptar la herencia sino después de haber hecho el inventario, y sin obligarse á pagar deudas superiores al haber que del inventario resulte.

La frase *tomar á beneficio de inventario*, por mucho que se extienda su significado traslaticio, no puede nunca ser equivalente de *tomar á broma*, ó como cosa de poco más ó menos. Y así la emplea D.^a Emilia, sin embargo. Menos mal si usara la frase en el sentido que le dan muchos, según el cual, el beneficio de inventario se confunde con el beneficio de liberación.

Un escritor realista no debe olvidar estas menudencias. Ya otra vez se la sorprendió en flagrante ignorancia de la ley hipotecaria y del senado consulto. Siempre hay disculpa para ignorar este linaje de cosas..... menos cuando se habla de ellas.

En esta misma *Cristiana*, para hacer gobernador á un político que ha sido diputado provincial muchas veces, cree D.^a Emilia que necesita hacerle además diputado á Cortes una vez.

¿Y con qué malicia señala la treta de que su D. Felipe se vale para poder ser gobernador!

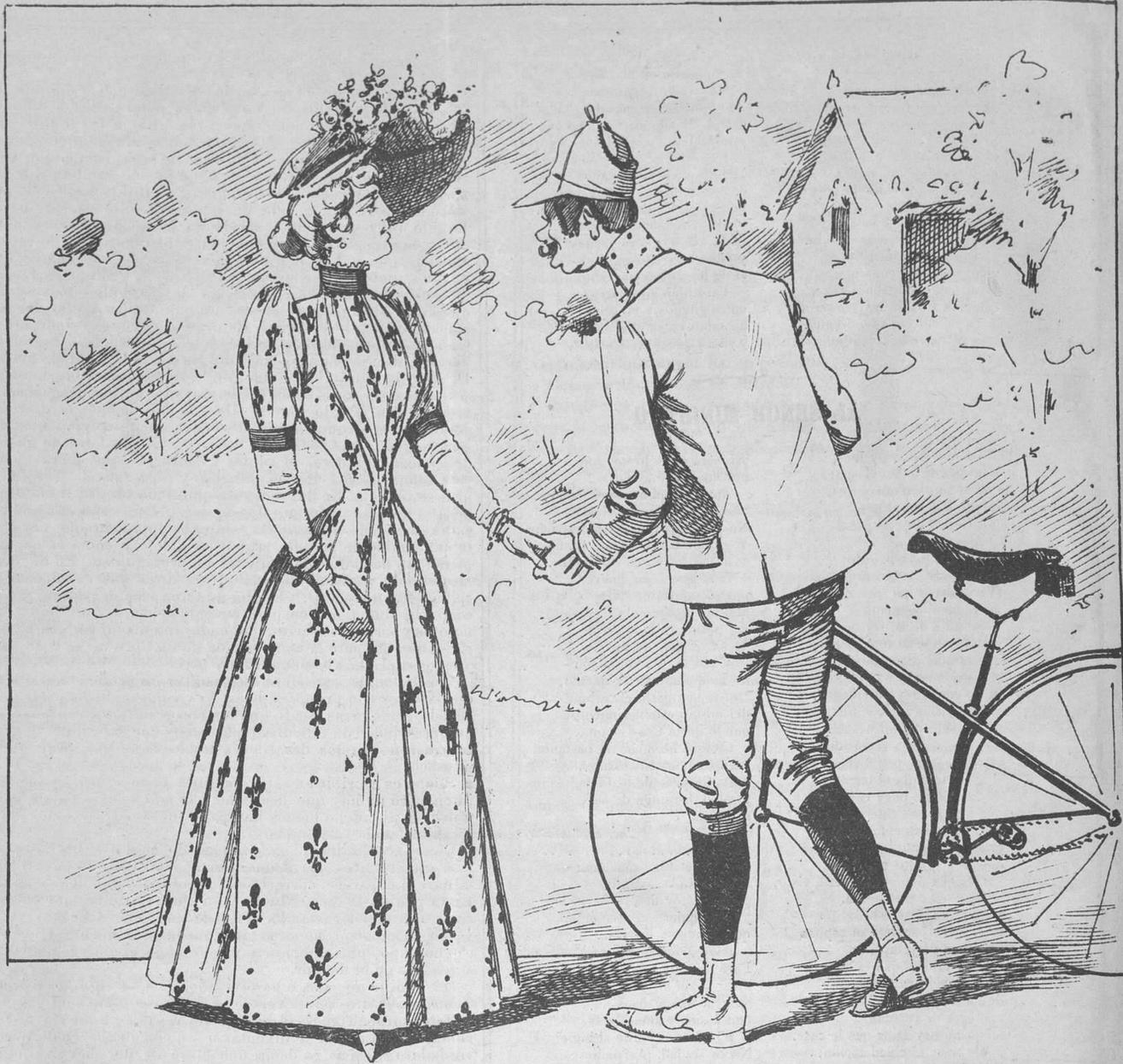
Todas estas cosas muy poco significarían en el *Rafael* de Lamartine; pero cuando se es realista como D.^a Emilia y como el castellano que armó caballero á D. Quijote..... no hay más remedio que saber zurcir las camisas que los caballeros andantes deben llevar en las alforjas.

Y basta de peros.

La novela promete; hay hasta una *tesis*, como las tesis pueden entrar en el arte sin estorbar. Para un libre-pensador, pero avisado, de veras independiente, de pensamiento original y noble, ¿cuál es la mujer más á propósito? ¿La buena cristiana..... que si fuera hombre la tendríamos por un *neocatólico* más? Esto pregunta D.^a Emilia. Hay tela cortada, tela artística de verdad. Veremos cómo la corta.

En esta primera parte son muy de alabar la madre de Salus-

DE VERANEO



—¡Por Dios! ¿Y si nos viera alguno?
—¡Oh! Con este traje no hay cuidado. Creerán que la estoy pidiendo á usted por favor que me lleve á la escuela.



—Desde aquella peña te vela yo bañar cuando éramos novios...
—¿Y qué?
—Que por eso no me gusta que te bañes ahora.



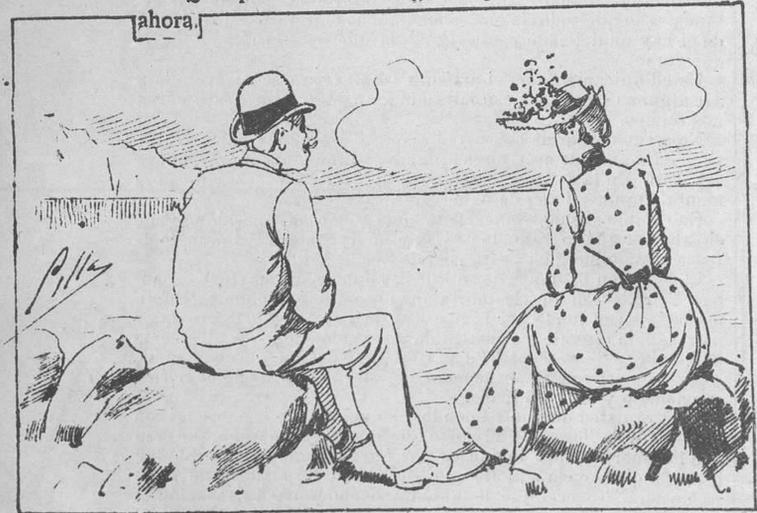
¿Verdad que causan horror esos dos palos de escobas?
¡Pues le está haciendo el amor una señora mayor que pesa catorce arrobas!



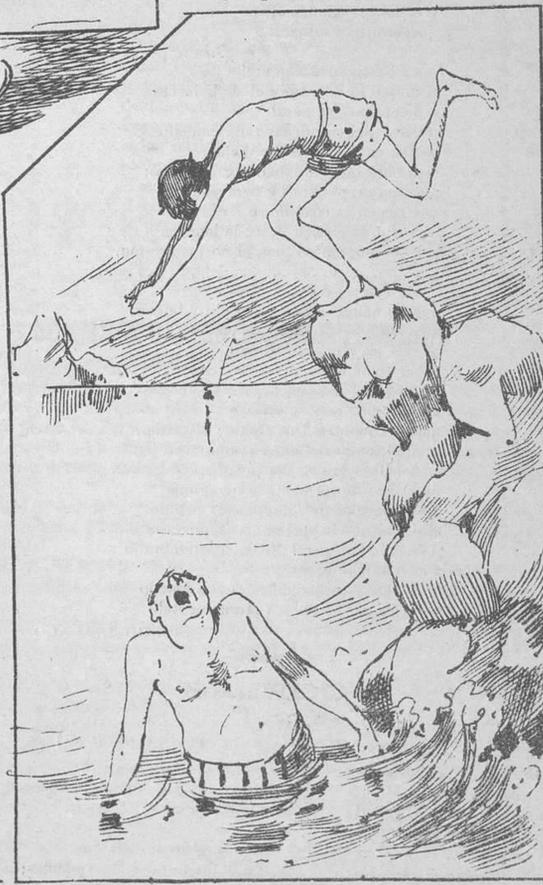
El terror de las Caldas.

—¿No lleva usted á los baños á su mujer?
—No, señor; no hace falta. La ha llevado otro.

—¿Dónde vais este año?
—Á los baños árabes de la calle de Goya.
—Te seguiré aunque tenga que empeñar la levita de invierno!



—¿Qué la parece á usted el lago?
—Muy triste.
—Y ¡á que no sabe usted en qué consiste eso? ¡En que yo no tengo veinte años menos!



—¡Haga usted el favor de cambiar de dirección, aunque sea en el aire!

tio (y el *facsimile* de su correspondencia muy especialmente), el fraile franciscano—menos cuando se hace tan pesado contando sus aventuras—y sobre todo el diálogo de este buen padre con el protagonista después de la boda de tití. También está hablando, si los monos hablan, el curita fanático. Por último, es digna de elogio la frase pura, clara, armoniosa, sobriamente pintoresca que predomina en la novela. Ojalá sea la segunda parte digno remate de la obra.

Y sin chinchas.

CLARÍN.

LA COSTUMBRE

Un día Satanás soltó un bostezo, y dejando el tridente se propuso dormir tranquilamente con la cola enroscada en el pescuezo. Y apenas cerró un ojo (¡sólo uno! porque, siempre sagaz, siempre ladino, duerme á medias no más), hete que vino á malograr la siesta un importuno.

Era un diablillo verde, monstruoso, con los ojos saltones como un sapo, que se las daba, al parecer, de guapo, porque entró con un *chic* jacarandoso y al pasar adelante hizo el saludo al rey de los infiernos inclinando los cuernos de un modo distinguido y elegante.

—¿Qué pasa?—dijo el diablo.

—¡Friolera!

Se ha armado una jarana de primera. —¡Otra jarana! ¡El pan de cada día! ¿Dónde es?

—En la caldera segunda de la octava galería. Parece que los diablos encargados de alimentar el fuego lo han dejado apagar por todos lados, y están los condenados quejándose á rabiarse....

—¡Otra te pego!

¡Qué bestia es esa gente!
¿Conque lo horrible del suplicio cesa y dicen que les pesa?
¡Pues si deben quedar tan ricamente!
—Eso es lo que yo he dicho, creyendo que chillaban por capricho; pero juran, perjuran y protestan que tienen la costumbre de tostarse y sufrir entre la lumbre y.... no se sienten bien si no los tuestan.

.....
De este modo se explica que mi amigo Julián, honrado y bueno, viva atado á las faldas de una chica que es fea como un trueno y que tiene un carácter de veneno. Le domina, le engaña, le escarnece.... y él, dócil como un niño, quiere encontrar disculpa en el cariño, y en el fondo del alma la aborrece.

Así lleva Julián, día por día, diez años de tormento y de agonía, fijo en la idea de romper muy pronto el dogal que le aprieta.... ¡Pobre tonto! ¡Jamás lo romperá! ¡Se ha acostumbrado á su amor indecente, igual que se acostumbra el condenado al fuego que le abrasa eternamente!

SINESIO DELGADO.

COPLAS

(AL NOTABLE DIBUJANTE N. MÉNDEZ BRINGAS)

Por él te olvidas de mí,
por otro te olvidas de él,
y haciendo estamos por ti
los tres bonito papel.

Dicen que eres un arcano,
y te he visto el corazón
al estrecharte la mano.

Si en los míos algún día
fijas tus ojos bellos,
los ojos me arrancarían
por ver tu imagen en ellos.

Palabra has dado á un furriel

de no olvidarle jamás,
esperanza á un coronel
y á un batallón lo demás.

Baja al jardín á la una,
y allí me pondré á tus plantas;
no tengas miedo á la luna....
¡la luna es una de tantas!

Siéndole á su esposo infiel,
una dama noble y bella
se escapó con un doncel.
No se sabe quién es él
ni se ignora lo que es ella.

GONZALO CANTÓ.

A FRAY CANDIL

SR. D. EMILIO BOBADILLA.

Mi querido amigo: Quien imparcialmente lea el grueso volumen que acaba usted de dar al público con el título de *Capitulos*, no podrá por menos de reconocer que se halla enfrente de un escritor original, nutrido de lectura de obras contemporáneas, vibrante, nervioso y dotado de sobresalientes dotes de colorista.

En vano es que en algún que otro artículo deje usted traslucir que el ideal literario debe consistir en la discreta sobriedad, en la meditada corrección; eso podrá decirlo su voluntad de usted, pero su temperamento se desborda en lo mismo que tilda—señal de que no es usted sincero,—en esplendores de estilo, en fulguraciones, en arrebatos de artista.

Se comprende: en usted hay ante todo un poeta, un poeta á la moderna, que lo mismo canta en prosa que en verso. El color le seduce á usted, la imagen le arrebatada, su pluma dijérase que se baña en una paleta.

Más que los artículos en que discurre usted acerca de la psicología en el arte, de la fisiología en la novela, y de cosas parecidas, lo que da carácter á su libro es ese color mismo, no esparcido en el lienzo con armonía, sino tirado á puñados, con el loco arrebatado del entusiasmo: lea quien lo dude *Galbana*, *De mi tierra*, *A mi criolla*, *El paisaje gallego* y los muchos párrafos intercalados á cada instante en las críticas.

Lo que se sale de lo vulgar, lo que reviste originalidad y lleva sello de novedad ó de grandeza, arranca siempre una vibración á usted, á menos que usted no quiera, y en este caso se le conoce el esfuerzo hecho por no darla.

Lástima que cuando llega usted ante un poeta de su gusto, ante un libro que le haya hecho buena impresión—y esto se deduce por la analogía del temperamento de usted con el del escritor juzgado,—se diga para sí: “Aferrucemos el semblante, contengamos el entusiasmo y adoptemos un continente grave, no vayamos á creerse que aquí comulgamos con ruedas de carreta; pongamos cara fosca para decir, por ejemplo, como quien descubre un gran delito, que Zorrilla vale ahí poco más de nada, porque es un poeta-músico.

¿Y qué? ¿No es un poeta-escultor Núñez de Arce y un poeta-pintor Velarde?

Pues en un *Urlico* lo más natural de las tres cosas es lo músico.

Cada uno realiza la belleza según su sistema y su temperamento: lo esencial, y en esto se conoce al artista, es producir la sensación estética. Usted quiere que todo sea documento humano y tente tieso; es decir, ver el campo inmenso de la literatura por un canuto de caña.

Por todas partes se va á Roma, y Gautier llegó no sólo á Roma, sino á verle las *pantufas* al Papa.

Lástima es que en vez de *cantar* en muchas ocasiones, como debe hacer un crítico á la moderna, ahueque usted la voz para que no vayamos á suponerle á usted incapaz de ver este defecto, y el otro y el de más allá.

El mismo *Clarín*—á quien sinceramente creo á una altura excepcional, y á quien debo tan inmerecidos elogios—*canta* á sus artistas predilectos, y es cuando está más afortunado, como, por ejemplo, cuando canta á Calvo. Hace bien, porque así demuestra lo que todavía no saben muchos literatos, que dentro de él hay un delicado poeta (igual da que sea escribiendo prosa que verso).

Usted únicamente en el artículo *De mi tierra* se atreve á lanzar algunas *estrofas*, y eso mirando á un lado y otro para ver si nos reimos.

No estoy conforme con usted respecto á algunas *patentes* que pone en manos de escritores efímeros, sin médula, sin grandeza artística. En la ley de lo relativo, si Zorrilla es cosa de poca monta, algunos *dioses* de usted son.... invisibles.

En cambio encuentro acertado lo de Picón (mi querido *profeta*, él sabe por qué lo digo), lo de Cavia, lo de Sinesio Delgado, lo de Icasa. ¡Cómo me gusta este poeta!

El desorden brillante de su libro es uno de sus mayores encantos. La reflexión que despierta una observación honda, se ilumina hasta en su fondo por la luz viva de una imagen; la gracia de un rasgo de ingenio, es sustituida por la emoción que despierta una audacia de concepto. Es un libro todo pasión y vehemencia, y por todas sus páginas asoman cogidos de la mano el crítico apasionado y el poeta lírico.

No dirá usted que no respondo á su *sincero* juicio sobre mí con una lluvia de flores. Le advierto que si se las echo es porque creo que las merece, que lo que es por agradecimiento á la maldad literaria que revela aquello que dice usted del artículo de Valera, no será. No creí que le hubiera hecho á usted sensación el artículo.

Para terminar esta impresión de la lectura de su libro, debo poner en claro una cosa: lo que yo he dicho cuando ha habido necesidad de ello, y por lo que veo en su libro á usted se lo he dicho, no es que trato, al escribir mis pobres libros, de hacer como una á modo de instrumentación del idioma; lo que me propongo es expresar cada emoción, cada idea, según su *naturalidad*: lo plástico, por el rasgo escultórico; lo musical, por acorde de voces; lo de índole pictórica, por el color, etc., etc.; yo

creo que así debe escribirse y hasta me parece que es lo natural y lógico; como todo eso lo resuelve la intuición, no ofrece la menor dificultad; aprenderlo sería imposible; horror da pensarlo.

Yo creo que los literatos que escriben con sencillez es porque no pueden escribir de otra manera; la carta de un quinto no es el *arte literario*; en éste debe haber cosas parecidas á las que de *Salammbó*, que usted cita, dice Maupassant, autor que me revienta á más no poder por lo descolorido y soso. Dice que en la prosa de dicha obra la estrofa canta, tiene sonoridades de trompeta, ondulaciones de violoncello, suspiros de violín y dulzuras de flauta.

Por mi parte todavía no he encontrado en la carta de ningún quinto ni en el artículo de ningún literato *sencillo* semejantes sublimidades.

Dando á usted mil enhorabuenas por su libro, que encierra un derroche de talento, se repite suyo amigo y admirador,
SALVADOR RUEDA.

QUERER ES PODER

I

Clara la noche está como ninguna.
¡Hoy escribo unos versos á la lunar!

II

Me hallo en el lecho al fin como un bendito
y ya la luz apago,
y los versos no he escrito....
Pero hoy los hago, ¡vaya si los hago!
Tengo frente á mi lecho la ventana,
y el rayo de la luna entra por ella
con una luz tan pálida y tan bella
que vale más que la mejor mañana.
¡Oh, luna! ¡Oh, casta diosa!
Permíteme un instante hablarte en prosa,
y en seguida ¡te juro
que te escribo los versos!.... De seguro
que valdrán ¡cualquier cosa!

III

Una estrella muy clara
hay cerca de la luna misteriosa
y la contempla, de su luz avara.
¡Qué estrella tan bonita!....
Pues allí, más abajo, hay una nube
que se va remontando, y sube y sube
y me quita la estrella, ¡me la quita!

IV

¡Qué luna, santo Dios! ¡Viva la lunar!....
Mas ¡ay! frente á la luna se detiene
la nube inoportuna,
y á ocultármela viene.

V

¡Nada! La nube permanece quieta,
y te busco anhelante
y no te encuentro ya, luna brillante,
para escribirte sólo una cuarteta....
¡No hago los versos hoy! ¡Pobre poeta!
Mañana escribiré, *nube mediante*.

RICARDO J. CATARINEU.



Leamos, pues:

«El gremio de industriales de calzado han acordado por mayoría....»
¡El gremio.... han?

Confesemos, con el rubor en las mejillas, que algunos escribimos medianamente.

¡Juro á Dios que no sé á estas horas quién es el Sr. Director general de Comunicaciones!

Pero en cuanto lo sepa, le diré que procure averiguar el nombre del empleado en Correos que se dedica á la delicada tarea de abrir casi todas las semanas el paquete del MADRID CÓMICO destinado á Moguer y quedarse con unos cuantos ejemplares.

Porque supongo que lo hará para servir algunas suscripciones por su cuenta.

Y es cosa de agradecerle la propaganda.... y maldecirle luego.

Quedéme arruinado un día
y me casé al poco tiempo;
tras de cuernos penitencia,
tras de penitencia cuernos.

Las suegras son el demonio,
según dicen los poetas,
y á mí me parece que ellos
son peores que las suegras.

LUIS BERNAT.

—Mira, hija, ese hombre no me gusta. Esta tarde creyó que me había distraído y he visto ciertas cosas....

—¡Pero, mamá, si no puedes haber visto nada!

—¿Cómo que no? En cuanto yo volví la cabeza, te dió un beso en la mano.

—¿Lo ves cómo no has visto nada? ¡No fué en la mano!

No hay árbol que nos engañe
cual nos engaña el naranjo,
con su fruto cuando niños,
y con su flor al casarnos.

Aprende la ortografía,
que después ya tendrás tiempo
de llamarte periodista.

LUIS GONZÁLEZ.

—Mia tú, la otra noche por poco más me arriman un tiro los del resguardo.

—Porque sois unos *panflis* pa meter el género. ¡Si hicierais lo que yo!

—¿Qué haces tú?

—Me voy á las ventas, pongo por ejemplo, me bebo una azumbre de vino.... y la paso como si tal cosa.

—¡Toma! ¡El vino, sí! ¡Pero ya te quisiera yo ver pasando petróleo de esa manera!

Yo tenía que enviar
á don Diego unos valores,
y desechando temores
decidí certificar.

Pero ayer, al preguntar
si los recibió don Diego,
ha turbado mi sosiego
el saber que no han llegado....
¡Luego el valor *declarado*
lo tiene el que manda un pliego!

SIXTO CELORRIO Y GUILLÉN.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

¡Ah, perro!—Sí, son cantares, pero tienen poco saliente y casi todos ellos carecen de novedad. ¡Ah! El dichoso pseudónimo se prestaba á que yo dijera perrerías. Pero como los versos no las merecen....

El de antaño.—Yo no sé cómo *romancearía* usted antaño, pero suponiendo que no lo hiciera usted bien, confesemos que sigue usted haciéndolo lo mismo.

Sr. D. M. C.—Los cantares son regulares, pero no publicables, por.... en fin, por anodinos. El último es el único que tiene *chic* y.... ¡más valía que no le tuviera!

Sr. D. J. de P. V.—Cádiz.—Sí, sí, *muy* inédita y muy bonita, tan bonita como inédita, y tan inédita como bonita. ¡Salud para leerla muchas veces!

Quintillas.—¡Cielos! Todo el mundo envía cantares esta semana. ¿Á que resulta que estamos todos locos de alegría porque han subido los conservadores?

Sr. D. J. S. G.—Granada.—No quisiera ofenderle, pero eso se ha dicho un millón de veces de distintas maneras.

Sirven.—Descuida usted demasiado el ritmo, y es lástima, porque si no fuera por eso escribiría usted bien. Por supuesto, ¡también cantares!

Sr. D. L. P.—Madrid.—Está mejor versificada que las anteriores, pero no veo el asunto. ¿Le hay, por una casualidad?

Sr. D. L. B.—Valencia.—En este número va lo que he encontrado aprovechable. ¡Cantares! ¡claro!

Benito.—Bueno, pero no use usted ese pseudónimo, que además de no ser nuevo es una porquería. Lo ha copiado usted de un libro prohibido.

Sr. D. R. M.—Escalona.—¿Son 10? ¡Pues 2,50! ¡También un cantar? ¡Vaya por Dios! ¡Ah! Al hacer el pedido vuelva á decir los números que son, por si se extravía la primera.

Floridor III.—Sobre no ser nuevo, ni soñarlo, peca de fuerte.

MADRID, 1890.—Imprenta de Manuel G. Hernández, impresor de la Real Casa,
Calle de la Libertad, núm. 16.—Teléfono 934.

LA AFICIÓN



¡Sí! ¡En seguida me iba yo á estar aquí si pestañearas!

Lit. Madrid Cómico, Jesús del Valle, 36.

ANUNCIOS

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, LITERARIO, FESTIVO, ILUSTRADO

Se publica los domingos y contiene

ARTÍCULOS Y POESÍAS DE NUESTROS PRINCIPALES LITERATOS
Y VIÑETAS Y CARICATURAS DE LOS MEJORES DIBUJANTES

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.

Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

PRECIOS DE VENTA

Un número, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

Las suscripciones empiezan en 1.º de cada mes, y no se sirven si al pedido no se acompaña su importe.

En provincias no se admiten por menos de seis meses.

Los señores suscriptores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro Mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Peninsular, 4, primero izquierda.

Teléfono núm. 2.160.

DESPAÑO: TODOS LOS DÍAS, DE DIEZ Á CUATRO

LA COMPAÑÍA COLONIAL

HA OBTENIDO

EN LA EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE PARÍS

Medalla de oro, por sus Chocolates.

Medalla de oro, por sus Cafés.

Medalla de oro, por su Tapioca.

DEPÓSITO GENERAL

CALLE MAYOR, 18 Y 20

SUCURSAL

MONTERA, 8, MADRID

Biblioteca del MADRID CÓMICO

PÓLVORA SOLA

COLECCIÓN DE COMPOSICIONES ORIGINALES DE SIMONIO DELGADO

DIBUJOS DE CILLA

FOTOGRAFADOS DE THOMAS, LAPORTA Y VALDÉS

Un elegante tomo de 200 páginas.

PRECIO: TRES PESETAS.—A los librerías y corresponsales, DOS.

COLECCIONES

Cada año, á contar desde 1883, se forma un magnífico tomo, que se vende á los precios siguientes:

Sin encuadernar.—A los suscriptores, 8 pesetas.—A los no suscriptores, 10 pesetas.—*Encuadernado en tela.*—A los suscriptores, 10 pesetas.—A los no suscriptores, 12,50.

ESPAÑA CÓMICA

ÁLBUM DE 50 CARTULINAS que contienen las crónicas ilustradas de todas las provincias de España. Edición de lujo, elegantemente encuadernada.

Precio: 25 PESETAS

Los pedidos se sirven, bajo certificado, á vuelta de correo.